

Le Clézio: La cerca inconclusa

Se conocieron en Zamora, Michoacán. Se hicieron amigos. El fin de año de 1990, el autor de este texto y el ahora premio Nobel de Literatura pasaron juntos varios días en una casa campesina de Niza, en Francia. Tenían una misión, que casi les resulta imposible: construir una cerca. **TEXTO: JORGE ZEPEDA PATTERSON**

Jean-Marie Le Clézio no es como todo el mundo. Es un hombre bastante alto, delgado, de espalda ancha y pelo de paja, con el rostro huesudo surcado de marcas de la vida. Con sombrero y un cigarro en la boca podría ser el perfecto vaquero Marlboro; y en uniforme castrense podría mimetizarse en oficial de la Gestapo. Pero cuando lo escuchas te das cuenta de que Le Clézio no se parece a nadie. Y cuando lo lees, lo confirmas.

Los libros del nuevo Nobel de Literatura son demasiado variados, más de 50, para poder encasillarlo fácilmente. Él mismo no parece ser de alguna parte. De padre francés y madre inglesa, creció entre Niza, la Isla Mauricio en África, Tailandia e Inglaterra. Vivió en México, en Panamá y otra media docena de países. Actualmente reside en Nuevo México, aunque nunca ha parado de viajar.

Lo conocí hace 20 años en Zamora, en El Colegio de Michoacán, donde llegó a impartir algún seminario durante su estancia de varios años en la región Purépecha. Residía con su familia en una casa grande y arbolada en las afueras de Jacona, una especie de Coyoacán zamorano. Jean-Marie solía evitar toda reunión social mayor de cuatro entre la pequeña Babelia de investigadores del Colmich, pero gustaba de cenar en parejas en la cocina amplia y acogedora de Jemia, su esposa marroquí.

Fue allí donde le comentamos que pasaríamos un año en París y nos hizo prometerle que lo visitaríamos en Niza, su ciudad natal, a donde pensaba regresar próximamente. Tiempo después, fieles a la promesa, en diciembre de 1989, Gladys, mi esposa entonces, Camila de 5 años y yo tomamos un tren en París que nos llevaría a la Costa Azul.



ILUSTRACIÓN: DIEGO ÁLVAREZ

Para entonces llevábamos suficiente tiempo en Francia como para saber que Le Clézio era un autor de culto en Europa. Al que había tomado por un colega enigmático y excéntrico resultó ser un escritor reverenciado por las elites culturales parisinas, entre otras cosas por su renuencia a dejarse ver por ellas.

En las semanas previas yo había intentado leer *Le Procès-verbal*, su primera novela, que a los 23 años lo había hecho célebre. Me parecía una descortesía pasarme varios días en su casa sin conocer otra cosa que algunos ensayos de antropología purépecha, para mi gusto un tanto oscuros y oníricos, de su época michoacana. Pero encontré el libro aún más esotérico e intimista. Por fortuna cayó en mis manos *Desierto*, una maravillosa novela sobre los hombres azules del Sahara, que terminé en el vagón del tren. Cuando arribamos a la estación de Niza estaba un poco intimidado.

Pero nos encontramos a un Jean-Marie tan genuinamente halagado de que le hubiéramos visitado que inmediatamente nos sentimos en casa. Esa noche me preguntó si podía ayudarme en algunos trabajos caseros que había prometido a Jemia desahogar durante las vacaciones de fin de año. Aprobé su plan, encantado de olvidarme por un rato de los libros del doctorado.

Los siguientes días nos propusimos construir un obstáculo para evitar que los perros invadieran una especie de huerto familiar que Jemia venía trabajando en el traspatio. Concebimos el proyecto la primera noche reunidos en torno a la mesa de la cocina, que parecía ser el centro de la vida de los Le Clézio. Consistía básicamente en imitar un dibujo que su hija Anna había hecho en el jardín de niños. Se trataba de una casa de techo triangular, rodeada por una cerca de estacas terminadas en punta,

pintadas de un rojo brillante. Era una imagen sencilla que reproducía muy bien el estilo rústico, y algo cándido, que nos habíamos propuesto. Anna, la improvisada arquitecta de 8 años de edad, estaba exultante.

Manos a la obra

Mis habilidades manuales son inexistentes, pero el atuendo me nonita con el que apareció el escritor al día siguiente sugería capacidades suficientes para construir graneros y cabañas a partir de un bosque virgen. Las herramientas preindustriales de Jean-Marie reforzaban esa impresión.

Los problemas comenzaron de inmediato. Nos tomó media mañana afilar el extremo de una media docena de tablas. Primero trabajamos por separado, cada quien con su tabla, pero éstas se resistían a quedarse quietas mientras intentábamos mejorarles el perfil. Entonces decidimos atacarlas juntas, una por una, hasta que los machucones mutuamente inflingidos nos llevaron a concluir que las cercas terminadas en punta estaban sobreestimadas por los cuentos infantiles.

Optamos por hundir las tablas tal como venían, confiando en que su punta cuadrada y dispuesta fuese percibida como una muestra de rusticidad sofisticada y no como una señal de incompetencia.

Habíamos pensado unir las estacas verticales con dos sendos tablones horizontales, paralelos al suelo, pero resultaron mucho más cortos que el perímetro de cinco metros que intentábamos encerrar. Así es que asimos las estacas con alambre y clavos en un lastimero rosario, como Dios nos dio entender. Por el resultado nadie dudaría que fuésemos ateos. Al final del día la cerca no era precisamente un Muro de Berlín. Más bien podía tomarse por la valla de una cárcel tercermundista. Nos consolamos con

la esperanza de que la aplicación de un poco de pintura al día siguiente alegraría nuestra obra. Esa noche dormimos fatigados y felices, con la satisfacción que debieron experimentar los constructores de pirámides.

A la mañana siguiente la cerca había desaparecido. No es sólo que estuviera caída; los perros habían desenterrado buena parte de las estacas y las habían dispersado por el huerto. Lo tomamos como una ofensa personal y decidimos modificar el método de trabajo. El resto del día lo pasamos serruchando, lijando y atornillando. Hacia las cinco de la tarde contemplamos lo que parecía una cerca razonablemente profesional. Fuimos a la cocina a lavarnos y a informar ufanos que habíamos concluido la tarea. Abrimos un vino y con la familia en pleno regresamos al jardín para festejarlo. Encontramos a los perros destrozando lo que quedaba del huerto; se habían colado por debajo de la cerca -demasiado alta- mediante el simple recurso de escarbar ligeramente en la tierra blanda.

Esa Noche Vieja recibimos el año 1990 y brindamos por una vida llena de libros, periódicos y teclados, ausente de pinzas y serruchos. Al día siguiente nos dedicamos a rodar la costa en su viejo auto.

Nunca más lo he vuelto a ver. Su nomadismo y mis desarraigados desfavorecen los encuentros. Pero de vez en vez me sorprende el insomnio sospesando sobre la almohada nuevas y mejores técnicas para terminar la cerca inconclusa. •

JORGE ZEPEDA PATTERSON

Director de *Día Siete y Energía Hoy*. Coordinador de los libros *Los suspirantes y Los amos de México*, publicados por Planeta.
www.jorgezepeda.net